

## En el centenario de Nicolás Hierro

### Biografía de Angel Casimiro Villalaín, general carlista burgalés aliado de Hierro

Don José Delfín V. Blanco, ha consultado a la magnífica revista «Historia y Vida», ejemplo de lo que debe ser una publicación de esta clase, qué se sabe sobre el gran Angel Casimiro Villalaín y dónde pueden ampliar sus conocimientos sobre el mismo.

La revista le ha contestado, con la firma, en iniciales E. V., con una perfecta síntesis de la vida del guerrillero y general de España.

Intuye el cronista que no es convincente que la partida de Villalaín (que mantuvo sola la tercera guerra carlista en Castilla la Vieja) se llamase de «los Hierros», porque figuraban en ella varios individuos del mismo apellido. Y tiene razón.

Eran dos partidas distintas, aunque colaboradoras, las dos fuerzas que obligaron al capitán general de Burgos a firmar el Convenio de Estépar.

El general «Templao» se llamaba Angel. Y como segundo nombre le pusieron sus padres el del abogado de su bautismo, San Casimiro.

Angel Casimiro Villalaín Fernández, según consta en el folio 3, libro V de bautizados de Villatoro, barrio de Burgos capital, en la parroquia de su nacimiento, «El Salvador», de Villatoro, fue cristianado en dicha iglesia del lugar de su nacimiento: «(Villa Otarium)», no «Villa Gotorum», como me dijo Menéndez Pidal); el día 6 de marzo de 1814, a los pocos meses de abandonar Burgos, no sin antes volar el cercano castillo de Castilla las tropas de Napoleón. Era hijo legítimo de Francisco

de Villalaín, «natural de este Varrio» y de Juana Fernández, feligreses del mismo y eran sus abuelos paternos don Angel Villalaín, natural del mismo pueblo, y doña María Bernal, natural de Villanueva Río Ubierna (tierras de Vivar del Cid y de la Merindad de Hijosdalgo de Ubierna). Y los maternos, Marcos Fernández, natural de Villatoro y doña Plácida Güemes, natural de la Nuez de Abajo. Fueron padrinos don Fernando del Olmo, natural de Tobes (no consta el nombre de la madrina en la inscripción) y testigos don Juan Duque, nombre muy enraizado en Villatoro y don Gregorio Pérez, vecino de la misma localidad, y le administró el sacramento del bautismo, fray Gregorio Sedano, probablemente monje jerónimo del próximo célebre Monasterio de Fredesval, a donde se pensó en retirar Carlos V en vez de a Yuste. «Fredesval» es derivado de «Frailes del Valle», y es hoy una ruina gloriosa, de estilo gótico florido, cantada el siglo pasado por un grupo de grandes catalanes como Victor Balaguer y Pí y Margall, que fueron a vivir en las ruinas de donde se había retirado el sepulcro de Juan de Padilla, la más bella pieza del arte isabelino, con la de «El Dolcel» de Sigüenza. Hoy es dueño y mecenas, conservador del Monasterio, el benemérito marqués de Marianao, de Barcelona y un señor, también generoso, llamado Ortega.

Angel Casimiro Villalaín es una figura de la talla del teniente general Cura Merino o de Los Hierros de Burgos.

Siendo casi un niño, a los veintiún años, se lanzó a la guerra carlista, y el 6 de marzo de 1836, según relata Felipe Urquijo, que le creía nacido en 1820 —tal era su aspecto infantil—, en la Cordelería de Orduña, hizo frente él solo a los jinetes liberales y a unos carlistas traidores que atacaron al ayudante del célebre general Moreno, el calumniosamente llamado «Verdugo de Málaga», jefe de Estado Mayor General del ejército del Rey, matando a uno de los ayudantes del escuadrón de húsares isabelino e hiriendo a otros tres jinetes, logrando que el ayudante Martínez volviese a montar a caballo, protegiéndose con su lanza y hasta con su cuerpo. El mismo día, Angel Casimiro Villalaín Fernández, liberó el solo, con el caballo herido de dos lanzazos, al coronel jefe don Marcos Terrero.

Fue nombrado sargento primero, y para inaugurar los galones, en el pueblo de Quincoces, en un acto de arrojada indisciplina, con treinta caballos carlistas, atacó a dos escuadrones liberales, buscó al comandante, le mató de un trabucazo, mató

a otro oficial con la espada y rindió a los dos escuadrones y dos compañías de las tropas liberales, sorprendidas por la valentía y el arrojo de aquel rayo de la guerra.

El 27 de junio de 1937, con la expedición del general Gómez, y la brigada del gran Tello, decidió la acción de Montija.

Lejos de participar en la traición de Vergara, fue mal visto por Maroto, que quería muñir el llamado «Convenio» prescindiendo de los verdaderos castellanos. Maroto, como dice Avinareta, tenía en la lista negra a los burgaleses. Merino estaba destinado a ser asesinado. Balmaseda se libró escapando vestido de cura, para ponerse al frente de sus tropas, y Villalain, a los dos años, se lanzó solo en los campos de Castilla la Vieja, ayudado por la gran partida de los Hierros: Francisco Hierro, Nicolás Hierro, natural de Arenillas de Villadiego y Mariano Hierro, «el Mellao», del cual poseo el sable, terrible y pesadísimo.

Alférez de Caballería, lleno de condecoraciones y honores al valor, en 8 de marzo de 1839, marchó a Fracia, para volver el año 1841, a Burgos. Al frente de uns treinta jinetes se paseó tranquila y majestuosamente por Burgos y provincias cercanas, durante quince años.

Sus éxitos culminaron en 1856. Llegó por entonces a la «Caput Castellæ» un gran regimiento de caballería liberal, en el que destacaba un hercúleo y apuesto oficial, que se sintió desafiado personalmente por los relatos de heroísmo que sus compañeros liberales hacían de las hazañas de Villalain y pidió como favor al capitán general de la región que le diese una fuerza importante para destruir a Villalain. Este había penetrado con cinco hombres en Aguilar de Campóo donde había 300 «nacionales» de guarnición, y con cinco hombres capturó todos los fondos del estanco de las contribuciones.

Salió al encuentro de Angel Casimiro, el joven Berenguer, con una columna cuya caballería mandaba dicho capitán y cuya numerosa infantería era dirigida por el comandante de la Guardia Civil Argenti. Casimiro, que sólo llevaba siete jinetes, ordenó una retirada, disparando, hasta el pueblo de Fuensillide. Entonces, en una de sus inspiraciones repentinas, aquel nuevo Cid, dijo a sus voluntarios: «Muchachos, no conteís los enemigos. Tened sólo presente que defendemos la más santa de las causas. Confianza pues, en Dios, y ¡Viva Carlos VI!». El capitán Berenguer y el entonces teniente coronel Villalain, se destacaron para luchar solos. Los dos grupos enemigos quedaron

paralizados por la emoción. Berenguer era un hércules. Le enfocó a su adversario Villalain con el trabuco, pero se le encasquilló el pistón. Le dejó en el arzón y apenas tuvo tiempo para ponerse en guardia. Sacó el sable, contuvo el sablazo de Berenguer, y a los pocos segundos el joven David —joven se conservaba a los 42 años— descargó tan furioso mandoble sobre el brazo derecho del infortunado Goliat, que le tiró desplamado del caballo. Dispersose la fuerza liberal, y los prisioneros que cogió Villalain —que no fusilaba nunca a nadie— los puso generosamente en libertad.

Villalain penetró en la Cartuja de Burgos, haciendo prisioneros a doce cazadores enemigos.

El 6 de agosto de 1856, con sólo seis hombre se fue a la fiesta de su pueblo (Villatoro), bailó ante los milicianos liberales y les persiguió con un trabuco hasta el cuartel de San Francisco, de la Cabeza de Castilla, donde entró solo, pidió un vaso de agua en la calle de San Gil y pasó por el convento-cuartel de San Francisco, donde había un regimiento, protegido por la fama de sus increíbles hazañas.

Dispersó en Villatoro a una columna mandada por el ayudante del capitán general, cuyo ros cayó en poder de un voluntario carlista.

Ya el día de Nochebuena de 1848, a las siete de la tarde, nevando y con un viento norte que pelaba, deseó ir a celebrar la Nochebuena en familia, pero antes quiso conmemorar la fiesta con un buen golpe de manos. Descendió de San Zoles, la parte opuesta a su pueblo, con veinte jinetes, hacia el Monasterio célebre de Las Huelgas. Cabrera había penetrado en Cataluña enarbolando la bandera del conde de Montemolín, Carlos VI.

El capitán general de Burgos, estaba vigilante. Era don Antonio Ros de Olano, y no confiado en ningún edificio ni cuartel de las afueras de Burgos, dispuso que sus mejores dieciséis caballos, pura sangre, se metiesen en las caballerizas del Palacio Arzobispal, junto a la Catedral, en el mismísimo centro, rodeado de la muralla del Arco de Santa María, donde instaló una nutrida guardia. Disfrazó Villalain a seis de sus hombres con capas y chambergos. El primero de los embozados era Villalain. Dijo a los soldados de la guardia que llevaba los nobles brutos a beber, y se los quitó al general literato. Al día siguiente, con su humor envidiable, mandó una nota al capitán general, di-

ciéndole que le ofrecía sus rudos caballos guerreros si los necesitaba. El general trinó contra su guarnición.

En fin: La osadía de Villalain era fabulosa. Con solo unos treinta jinetes era el dueño de la provincia de Burgos. El 15 de octubre de 1857, se hallaba en una casa de Cubillo de la Dehesa, de tertulia con sus segundos Juan Díaz (a) «Rampalai», Nicolás Gil y Juan Pérez (a) «el Moro». La dueña de la casa vino llorando, diciendo que llegaba una columna liberal para cazarlos. En efecto, la columna de la Reina estaba formada por una sección de caballería de Farnesio, quince jinetes de la Guardia Civil de Cogollos, mandada por el sargento Macide, y una compañía de ciento dos guardias civiles, mandada personalmente por el comandante de la provincia. Vencemos siempre en la proporción de uno a cien —dijo don Casimiro—. Serenidad, pues y absoluta confianza en mí.

Góngora le intimó a la rendición. Salió solo a la calle, con el trabuco terciado. Góngora le echó encima el caballo. Villalain le esquivó y, siguiendo el sistema del guerrillero Merino, mató de un trabucazo a Góngora e hirió al comandante y al sargento, huyendo toda la columna.

El Gobierno de Madrid tuvo que dejar a Villalain por imposible. Había lanzado treinta mil hombres contra él y contra los Hierros: Francisco de Villasidro; Nicolás, de Arenillas; Mariano, de Sasamón, y Nicasio, voluntario de trece años, a quien su hermano Mateo le obligó a dejar el caballo desde el ejército del norte, por menor de edad.

Tales hazañas dieron como resultado el Convenio de Estépar, honroso, y antítesis del de Vergara, a virtud del cual, por el honor y la firma del capitán general Mata y Alós, Villalain, ya coronel, para reservarse para la próxima guerra —intervino en ella dos años más tarde— entró a caballo, con armas y a tambor batiente, junto con el capitán general de la región, no en enero de 1857 sino en 1858, hasta la plaza de Capitanía de Burgos.

El general Nicolás Hierro, sería asesinado a traición en Villalbilla, después de la Junta de Vevey, a la que asistió, haciendo el número 7, en la precedencia de aquellos Grandes de España, catedráticos y escritores que se reunieron con don Carlos VII, en Suiza. En cuanto a Villalain, el resto de su biografía está muy bien resumido en la revista «Historia y Vida». No me extraña que ésta se remita, para ampliar datos, a la «erudi-



ción burgalesa». Porque de la segunda y más notable campaña de Villalain, en que Cabrera en Cataluña, y Hierros y Villalain sólo mantuvieron la causa de la Monarquía Tradicional, poco se ha escrito.

Para ampliar datos, existen solamente algunas obras. La «Historia» de Pirala, los artículos de Felipe de Urquijo, en el «Correo Español» de Madrid, los de Ramiro de la Puente, marqués de Altavilla, en la «Ilustración Española y Americana» de 1903, que registra que, antes de acudir a la guerra de 1872 al 76, había recibido don Casimiro cuarenta y cinco heridas, casi en su totalidad de lanza y sable.

Para las relaciones de los Hierros con Villalain, es muy útil la sucinta «Relación de Francisco del Campo y Rebollo», imprenta de A. C., Burgos, 1871. Este año último es el centenario de la muerte del gran Nicolás, cuya vida es una película. También es importante el acta de Vevey y los trabajos de don Claro Abánades, secretario de Mella.

Y para Villalain, además de las Historias Generales, toda la bibliografía de las tomas de Teruel y Cuenca, en las que el ya general burgalés destacó, y la «Historia» de Melchor Ferrer, Editorial Católica, Sevilla, así como las «Memorias» de la Reina María de las Nieves, en Espasa Calpe.

**José María CODON FERNANDEZ**